

Gustavo Bueno (1924-2016), in memoriam

Publicado en Cuadernos de pensamiento político, 52, diciembre de 2016, pp. 126-132.

El filósofo Gustavo Bueno ha fallecido el pasado agosto en su casa en el oriente asturiano, en las inmediaciones de Llanes. Bueno había nacido en Santo Domingo de la Calzada, lugar de procedencia familiar en el que ha sido enterrado, y desarrolló una parte muy importante de su labor en la Universidad de Oviedo. Ha muerto a los noventa y un años, apenas dos días después de hacerlo su esposa, un final hermoso que no todo el mundo está en condiciones de disfrutar. Fue un hombre de gran inteligencia y notabilísima erudición, de opiniones frecuentemente arriscadas, pero nunca sin base, ciudadano ejemplar, valiente, y memorable patriota español.

Es una costumbre muy piadosa hablar bien de los difuntos, pero estas líneas no se escriben bajo la presión de esa vigencia social, del *De mortuis nil nisi bene*, sino por estimar que el tránsito de Gustavo Bueno es una noticia que debiera merecer cierta reflexión a los lectores de esta Revista. Los españoles no andamos sobrantes de figuras de gran relieve en los ámbitos del pensamiento, y la obra de Gustavo Bueno, fuere cual fuere el que acabe por ser su futuro, ha supuesto un importantísimo esfuerzo por mejorar la calidad de nuestro debate intelectual, y me temo que no se le ha dispensado la debida atención, más allá de la prestada por el numeroso grupo de sus discípulos y amigos.

Decía Cela que en España hay una rara esquina de sabios que no deja la saludable huella que cabría esperar, que no consigue que el común de los mortales se aproveche de lo que averiguan. Me temo que lo que ha hecho durante toda su vida Gustavo Bueno pueda caer plenamente bajo esa descripción, y eso que él mismo hizo lo indecible por romper ese dogal que aísla a los españoles del común del trabajo de los mejores. Tal vez por ello, Gustavo Bueno ha podido parecer una especie de *abuelo cascarrabias* de la filosofía española, una mezcla rara de impertinencia y erudición, porque lo que Bueno quería darnos, un amor decidido a la verdad, una apuesta firme y vigorosa por la razón y por la ciencia, no era recibido con naturalidad y atención, ni por las instituciones españolas ni por la cultura dominante.

En el caso de Bueno, ese rechazo ha dado lugar a situaciones un poco surrealistas, ha dotado a su figura de un aire equívoco profundamente inadecuado: todo porque las cosas claras, rotundas y directas que Bueno quería decir tendían a ser desfiguradas, y ha existido una cierta tendencia a considerarlas como tópicos, como sugerencias poco originales y consabidas, cosa que han hecho siempre quienes no suelen

tomarse la molestia de poner en duda los pobrísimos esquemas con los que habitualmente se despachan en nuestro espacio público las cuestiones de cierta enjundia.

A los efectos de esta breve referencia a su labor, habría que distinguir entre su persona, su figura y su obra. Poco he de decir sobre su persona, porque apenas tuve oportunidad de tratarlo, aunque disfrute al encontrarme con él, breve y provechosamente, en un contexto medio político medio académico, y conservo esos recuerdos con una sonrisa de gratitud, con esa esperanza, que nunca se pierde, de que las personas realmente valiosas, como lo era Bueno, acaben por encontrar un papel menos desairado y ridículo que el que una sociedad paleta, sectaria, mentecata y *materialista*, en un sentido muy distinto al que Bueno se atribuía, suele reservarles. Tuve la impresión de que, como pasa en muchas ocasiones, un aspecto híspido apenas acertaba a ocultar su carácter afable, un espíritu cordial, atento y muy abierto, una conversación estimulante.

Gustavo Bueno alcanzó un grado de notoriedad que nada tenía que ver, directamente, con la enorme calidad de su pensamiento, sino que ha sido la consecuencia, no del todo indeseada, de su personalidad, de lo que, en su caso con toda justificación, se puede llamar su figura. Entre las distintas formas de llevar una vida filosófica, Bueno escogió, sin duda, la socrática, o la unamuniana también cabría decir, aunque, por supuesto, consideraba a Platón como el primer patrón del gremio, pero no ese Platón que ha podido llegar a ser "el Misisipi de la beatería", según la *boutade* orteguiana, sino al inventor del rigor y la dialéctica, del arte de definir y clasificar, que según maliciosa observación de Bueno, ha degenerado frecuentemente en "diálogo", de forma que, en sus intervenciones en cualquier ámbito, no renunciaba a unir sistemáticamente la agresividad interrogante de Sócrates con la acerada lógica del que sabe de lo que está hablando y, con harta frecuencia, quiere dejar claro que no es ese el caso de alguno, o de todos, los interlocutores. Se trata de una cualidad que ha sido difícil de apreciar por los que la han padecido, de una u otra forma, desde los discípulos de Aranguren a Jesús Mosterín o José Antonio Marina, por citar solo unos casos; para Bueno no existían las *vacas sagradas*, y nunca se le agradecerá bastante el valor que ha tenido para desenmascarar sin ningún recato a tanto portavoz de memeces pretenciosas. Su empeño en decir la verdad no se detenía en los supuestos límites de la corrección académica, y no se privaba de hablar, por poner un ejemplo no español, de las "especulaciones tan vagas, utópicas o vulgares como las que ofrecen los amigos de Habermas, de Appel o de Kutschera", y de hacerlo frente a decenas de admiradores y exégetas de autores tan distinguidos. Seguramente que, entre sus desdenes, alguno fue a recaer en pensadores de mérito, es el precio que hay que pagar cuando se tiene pronta la idea y fácil la palabra.

Este carácter peleón que tenía hondas raíces en su forma de ser y en la manera que tuvo de hacerse a sí mismo, le concedía un plus de energía y de jovialidad incluso en sus últimos años. De todas maneras, no se trataba exclusivamente de un rasgo de carácter, sino de una convicción expresada por escrito: "La respuesta a la pregunta *¿qué es la filosofía?* sólo puede llevarse a efecto impugnando otras respuestas que, junto con la propuesta, constituya un *sistema* de respuestas posibles; porque el saber filosófico es siempre (y en esto se parece al saber político) un *saber contra alguien*, un saber dibujado frente a otros pretendidos saberes".

Gustavo Bueno fue lo contrario de un exquisito encerrado en su torre de marfil. Su carácter y sus convicciones le llevaron a interpelar a cualquiera que dijese algo que no le mereciera respeto intelectual, a combatir el maremágnum de mentiras, tonterías y falsedades con el que una buena mayoría se alimenta a diario, y esa vocación entrometida le llevó a hacerse presente en escenarios muy poco propicios a recibir mensajes elaborados, a participar, por ejemplo, en programas de televisión que contribuyeron a su popularidad, y le obligó a escribir páginas memorablemente polémicas en relación la telebasura, la cultura, o la democracia realmente existente, o a convertirse en el más acerado debelador de los *poéticos* decires con que Zapatero pretendía legitimar sus políticas, de forma que el líder socialista, que seguramente se sentía más a la izquierda que nadie, se convirtió por méritos propios en una de las dianas más certeras de un filósofo que tenía muy poco de conservador. Bueno que, de acuerdo con el dicho popular, era capaz de apuntarse a un bombardeo, no dejó, sin embargo, de escribir y trabajar, supo no contaminarse y compatibilizar su labor más académica con sus intervenciones de tono más divulgativo y popular. De valor acreditado, se enfrentó, por ejemplo, con ciertos defensores del bable en la Asturias que amaba como pocos, y con todos los tópicos del lenguaje políticamente correcto, sin renunciar nunca a sus posiciones filosóficas de fondo que han tenido siempre mucho más en común, en el terreno doctrinal, con la izquierda y el socialismo que con un pensamiento liberal, pese a que sean muy pocos los que hayan hecho tanto como él por desvelar la deficiencia esencial de conceptos tan gastados como los de "izquierda" y "derecha".

Su trabajo académico ha estado presidido por su empeño en aportar algo de lo mucho que no tenemos, por su conciencia de la cantidad de cosas que estaban por hacer, por su convicción de que el trabajo hecho con rigor y con honestidad constituye un bien público de primera magnitud, con un efecto duradero y multiplicador. Ayudado por los suyos, y muy en especial por su hijo Gustavo Bueno Sánchez, ha hecho el que probablemente sea el mayor esfuerzo de los últimos ochenta años por dignificar la filosofía española, por recuperar todo lo que pueda tener un valor, aun si fuese sólo testimonial, en nuestro pasado,

por poner a disposición de los estudiosos una ingente cantidad de materiales, empleando los medios tecnológicos más recientes, y actuando con una extraordinaria sobriedad y economía de medios. Nuestras universidades no estarían, sin duda, donde están, si abundase su ejemplo. Creo que el beneficio que nos ha hecho a todos con su esfuerzo se reconocerá con más facilidad a medida que pase el tiempo, porque estoy seguro de que sus discípulos sabrán continuar su labor, sin hacer de Bueno lo que él nunca habría querido ser.

También ha sido extraordinario el trabajo editorial que se ha realizado bajo su inspiración y batuta, edición de libros, revistas especializadas, publicaciones digitales, videos en YouTube, etc. Como ha escrito Ernesto Baltar, "La videoteca de Gustavo Bueno es una Facultad de Filosofía on line, alternativa, permanente y gratuita, a simple tiro de clic". Este esfuerzo denodado ha dado frutos también fuera de España, especialmente en América, y ha permitido abrir cauces de conocimiento e intercambio de los que se carecía. Solo con este bagaje, Bueno merecería ya un homenaje nacional, pero Bueno ha sido mucho más que un buen organizador y un gran emprendedor cultural, aunque es probable que la expresión le pareciera casi ofensiva, lo que, desde luego, no es mi intención. Y ha podido ser más que todo eso, porque ha sabido ser, en toda la amplitud del término, un filósofo, un trabajador muy riguroso, un analista agudísimo, pese a exponerse, tal vez más de la cuenta, a aparecer en escenarios y situaciones en los que ninguna Filosofía tendría demasiado que decir. Tal vez esto constituya una cierta contradicción en su modo de hacer, porque un hombre escasísimamente dado a las concesiones en materia de conceptos, un inagotable detector de vaciedades, pretendió, al tiempo, hacer una especie de divulgación que se daba de bruces con una filosofía absolutamente contraria a cualquier vulgaridad.

Su obra es muy amplia y, a mi entender, un tanto desigual, con libros excelentes y capaces de marcar una posición inescapable, pero también con algunas extravagancias perfectamente disculpables. Su empeño en la originalidad, el rigor y el sistematismo son muy de alabar, pero han hecho que su prosa esté erizada de incisos, excursos y matizaciones que hacen que su lectura pueda resultar un poco fatigosa, de apariencia poco atractiva por excesivamente técnica, un vicio seguramente disculpable en quien se consideró siempre un *escolástico*: valga como ejemplo de lo que digo su distinción entre *problemas paradigmáticos* (los que se planteen en función de lo que llamó "modelos de identidad distributivos e isológicos"), los *problemas canónicos*, los *problemas prototípicos* y los *problemas métricos*.

Bueno ha sido, seguramente, el pensador que menos esfuerzo ha hecho por dispensar de la dificultad adjetiva, por cultivar alguna especie de *claridad* a la manera orteguiana, muy a pesar de su intento de llegar a todos. Sin embargo, nunca se pierde el tiempo ni el gusto

leyéndolo, aunque, como es mi caso, no se compartan algunas de sus afirmaciones, y la posible fatiga técnica se compensa ampliamente con la vivacidad de las ideas y la acuidad de los juicios. Su obra puede considerarse ciclópea, baste reparar en que la exposición de su "teoría del cierre categorial", que es, según los especialistas, la clave de arco de su sistema, se ha debido quedar en menos de la mitad de la larga docena de tomos estimados. Un tanto en broma, ha dejado dicho que de ser cierta la idea del *diseño inteligente*, le harían falta unos años más para culminar su proyecto sistemático.

Bueno era un filósofo creador, no un mero erudito, que, como tal, tocó prácticamente todos los palos de esa disciplina pletórica y aparentemente caótica que tantos confunden con el simple comentario de verdades inconcusas. Desde la lógica, cuya forma matemática fue de los primeros en exponer en España, hasta la ética, la teoría política, la filosofía de la historia, la ontología, la filosofía de la ciencia, la antropología, la filosofía de la religión o cualquier otra supuesta especialidad. Bueno pensaba como si no existiesen las especialidades, pero sin confundir esa licencia con la escasez de rigor, porque estaba persuadido de que la filosofía debía ser, cuando se hace en serio, inevitablemente sistemática. Poco a poco, sin prisa, pero sin falsa humildad, ha ido alumbrando lo que él y sus discípulos han considerado un sistema que, a mi modo de ver, sin demasiada imaginación ni fortuna, han denominado como "materialismo filosófico". Como observó, con algo de malicia, José Luis Pardo, no han faltado en la España contemporánea filósofos con voluntad de sistema, pero, sin duda, es Bueno el que más merecidamente podría reclamar ese marchamo tan controvertible.

Los intereses de Gustavo Bueno han estado definidos por una voracidad insaciable, pero, quizá la singularidad más notable de su sistema sea el destacadísimo lugar que reservó para la discusión sobre España, sobre el tan manoseado "problema de España" y sobre sus supuestas consecuencias de todo orden. Para cualquiera que se asome a las abundantes páginas que dedicó al asunto tiene que resultar sorprendente el modo con el que Gustavo Bueno, un hombre de *izquierdas* que se proclamaba ateo-católico, se enfrentó tan profunda como originalmente a un tópico esencial al pensamiento español de los últimos cien años, una cuestión a la que sería muy difícil encontrar paralelo en cualquier otro lugar. Esta constatación, a la que Bueno nunca fue ajeno, puede ser excusa para huir a toda prisa de la encerrona, pero le parecía a Bueno uno de los síntomas más evidentes de lo indispensable del problema.

Bueno ha sostenido sin desmayo que, el "problema de España" es un "problema filosófico", lo que se entiende bien si se considera que el trabajo con las categorías historiográficas, plantea problemas categoriales y ontológicos evidentes, pero eso no era especialmente

significativo para Bueno, porque, para él, la cuestión española tenía y tiene un suficiente número de ingredientes sustantivos y peculiarísimos que él sabía poner muy directamente en relación con algunas de las cuestiones más peleonas del debate político anterior y posterior a 1977. Su tratamiento del asunto ha sido notablemente atrevido, heterodoxo, original y directo, oponiéndose con mucho brío, a la piadosa y oportunista manera de tratar la cuestión misma y cualquiera de sus varias derivaciones con ungüentos orteguianos y/o con los tópicos europeístas y federalistas al uso. La literatura que Bueno ha producido sobre el particular es muy abundante, y su estudio es muy recomendable, aun si no se comparten alguno o muchos de los supuestos que Bueno ha puesto en juego. Una ley tan general y metafísica como la de Carnot que establece la disipación de la energía, y que como observó Juan de Mairena, tal vez se aplique también a estas cuestiones de alto voltaje conceptual, ha hecho que el tratamiento que ha hecho Bueno de este tan peculiar y espinoso asunto haya podido ser considerado, por algunos, aunque el juicio sea patentemente injusto e insuficiente, como algo indiscernible del "más rancio nacionalismo español", según ha recordado Manuel Cruz en su necrológica del filósofo. Sin embargo, para nuestro filósofo no se trataba solamente de un problema filosófico, sino que su dilucidación forma parte esencial e irrenunciable de su propio sistema.

Hace años, Josef Pieper escribió que había dos maneras de ser actual, la de la moda, por simplificar, y la de lo que los tiempos necesitaban. Bueno no podría ser anotado, sin duda, entre los filósofos a la moda, el trató de darnos algo que se necesita. Calificarle de hombre de su tiempo, es seguro que le habría hecho sonreír, pues, ¿quién no lo es?, pero es que Bueno estuvo permanentemente enfrentado a dos poderosas corrientes del pensamiento contemporáneo, a la llamada posmodernidad, y al cientificismo positivista que disfraza de sencillez y evidencia una filosofía particularmente deficiente, y ello, precisamente por amor la ciencia, por la necesidad de la filosofía, ese tema que le hizo escribir, en la primera de sus grandes apariciones públicas, nada menos que trescientas páginas para contestar pormenorizadamente a un texto infinitamente más breve de Manuel Sacristán que, de alguna manera, descolocaba, a su entender, a la filosofía del porvenir para convertirla en una especie de comentario subordinado de la ciencia del día.

Descanse en paz el pensador incansable, y que el Dios en que decía no creer, le conceda el fruto que merecen sus esfuerzos, el hombre al que nunca importó gran cosa el qué dirán y entendía como una obligación enfrentarse decididamente a los *idola* del momento. En todo caso le quedará, sin duda, esa inmortalidad unamuniana de la fama, porque Bueno ha muerto, pero hay que esperar que su obra tenga la suficiente vivacidad como para permanecer por mucho tiempo dándonos que pensar.

José Luis González Quirós